LA VICTORIA DEL GENERAL

LA VICTORIA DEL GENERAL

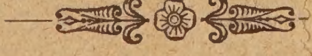
JUGUETE CÓMICO

EN UN ACTO Y EN PROSA

ORIGINAL DE

RAFAEL DE SANTA ANA

Estrenado con gran éxito en el TEATRO LARA el 8 de Marzo de 1898



MADRID
R. Velasco, impresor, Marqués de Santa Ana, 20
Teléfono número 551

1898

Excmo. Sr. D. Eduardo de Santa Ana

VIZCONDE DE LOS ASILOS

QUERIDO PRIMO: *Si no hubieras tenido la buena idea de traerme á Madrid y á tu lado, no podría á estas horas darme el* gustazo *de ver mi nombre en los carteles de un teatro madrileño.*

A tí debo, pues, principalmente, el triunfo alcanzado con LA VICTORIA DEL GENERAL, *y justo es que te lo brinde.*

Acéptalo con el mismo cariñoso entusiasmo con que te lo ofrece tu hermano del alma

Rafael

Madrid 8 de Marzo de 1898

REPARTO

PERSONAJES	ACTORES
LUISA	SRTA. MORENO.
PURA (madre de Luisa)	SRA. VALVERDE.
VICTORIA	PINO.
JUANA (criada)	SRTA. FEROS.
PÍO (marido de Luisa)	SR. SANTIAGO.
CASTO (padre de Luisa)	LARRA.
EL GENERAL	GONZÁLVEZ.

La acción en Madrid.—Época actual

Derecha é izquierda, las del actor

Los apartes, entre paréntesis

NOTA. Los abrigos han de ser mackferlanes, y, en su defecto, de los llamados de primavera, de un mismo color.

ACTO ÚNICO

Sala regularmente alhajada con puerta al foro. A la derecha dos puertas laterales y otras dos á la izquierda. A los lados del foro entredoses con jarrones y adornos. A la derecha, mesa de despacho con libros y papeles. A la izquierda un sofá. Sillas volantes. Es por la maññana.

ESCENA PRIMERA

LUISA, VICTORIA, PURA y JUANA. A la izquierda aparecen Victoria y Luisa viendo unos periódicos de modas, y Pura, sentada ante la mesa de despacho, hablando con la criada

VICT. Mira qué bonito es este.

LUISA Sí, pero me parece bastante recargado de adornos.

PURA Mañana trae usted de otra parte los garbanzos; los de ayer parecían balines.

JUANA Bueno, pues el señorito Pío los encontró muy tiernos.

PURA Ese es capaz de mascar piedras.

JUANA ¡Ah! Se me olvidó decir á usted que estuvo aquí antes un caballero preguntando por el señor.

PURA ¿Qué señas tenía?

JUANA De alguna edad, muy elegante y con una perilla muy larga. Dijo que volvería. También ha estado el de la casa, diciendo que si no le pagan ustedes hoy mismo mañana vendrá el Juzgado.

PURA Bueno, bueno. ¿Se desayunaron ya los señoritos?

JUANA Sí, señora. ¿Desea usted alguna cosa más?

PURA Nada, puede usted retirarse. ¡Ah! Que se acuerde usted de lo de los garbanzos.

JUANA Está bien. (Vase foro izquierda.)

ESCENA II

VICTORIA, LUISA y PURA

PURA (Levantándose de la mesa y yendo á formar parte del grupo con las otras dos figuras.) Vaya con Victoria, y qué elegante tan de mañana.

VICT. ¡Qué quiere usted, hija, cosas del mundo! Como desde que murió mi pobre Alberto no tengo quien me haga nada, á la fuerza he de ser yo quien me ocupe de todo.

LUISA ¿Y á dónde va usted?

VICT. Primero ahí, á San Nicolás, á oir una misita por el alma de mi difunto; luego al Monte de Piedad á sacar unos cuartos y luego á...

PURA ¿Dónde?

VICT. No, no lo digo; es una sorpresa que les preparo.

PURA Yo creo que le va usted á jugar alguna mala pasada al difunto.

LUISA Qué, ¿se va usted á casar?

VICT. ¡Quieren ustedes callarse! ¡Por Dios, quién piensa en eso!

LUISA ¡Sí, que es verdad, que es verdad!

VICT. ¡Hija, que pueden oir!...

LUISA ¿Ve usted como es verdad? No quiere que se enteren; luego es cierto.

VICT. ¡Bah! ¡Quite usted de ahí!

PURA Pues si yo estuviera en su pellejo cualquier día volvían á pescarme. La viudez es el estado perfecto de la mujer; y si no, ahí tienen ustedes á Santa Chantal que no fué santa hasta que enviudó.

VICT. Porque hasta entonces no podría dedicarse de lleno á las cosas de Dios.

PURA O porque hasta aquella fecha vivió con ella el demonio.

VICT. ¡Jesús, qué cosas se le ocurren á usted!

PURA Es la fija.

LUISA Pues por lo que á mí toca, no envidio otro estado que el mío; como Pío es tan bueno...

VICT. Naturalmente.

PURA Esta, siempre con su Pío.

VICT. Y tiene mucha razón; como que es muy simpático. ¡Y vaya un talento que tiene! Me hace una gracia oirle hablar siempre con aquella seriedad... Nada, que á mí me encanta. (A Pura.) Hija, tiene usted un yerno que es una mosca blanca.

PURA (¡Un mosquito!)

VICT. Pero, ahora que me acuerdo, ¿no iba á echar un discurso en no sé qué sitio un día de estos?

LUISA Anoche habló en el Centro ilustrado. Precisamente cuando usted llegó estaba yo leyendo el periódico, que hace unos elogios de él... ¡Lo pone por las nubes!

VICT. A ver, léamelo usted. (Luisa toma un periódico de la mesa.)

PURA (Veamos qué dicen de ese papanatas.)

LUISA A... aquí está. (Leyendo.) «Las veladas del Centro ilustrado y el señor de General. El joven literato é ilustrado sociólogo, don Pío General, con razón apellidado el general de los oradores, fué anoche el héroe de la ilustrada fiesta celebrada en los ilustrados salones de aquella ilustrada Sociedad. El ilustrado discurso del señor don Pío General, versó sobre la ilustración de las clases ilustradas y produjo un loco entusiasmo en el numeroso é ilustrado auditorio, quien premió con grandes aplausos la labor oratoria de joven tan ilustrado.»

VICT. Muy bien. ¿Qué periódico es ese?

PURA *La Ilustración.*

LUISA No, *El Eco.*

PURA Se conoce, por lo que repite.

VICT. ¡Qué ocurrente! Esta doña Pura siempre de buen humor y con ganas de broma.

LUISA (En visita.)

PURA Gracias á Dios, no tengo motivos para estar triste.

VICT. Es que tiene usted mucha gracia.

PURA Donde está una andaluza, hablar de gracia...

VICT. Mire usted que yo, después de once años de matrimonio con un catalán y viviendo en su tierra, no me queda de andaluza más que la cédula de vecindad. (Mira el relcj.) ¡Jesús! ¡Van á dar las diez y yo aquí con esta cachaza; me marcho corriendo!

PURA ¿Tan pronto?

VICT. No subí más que para traerle á Luisita esos figurines que me había pedido, y por poco me estoy aquí todo el día. Adiós, Luisita; hasta luego, doña Pura.

LUISA Vaya usted con Dios.

PURA Salud, vecinita. Va usted siempre como un cohete.

VICT. Si tengo una prisa... Tantas cosas á esos dormilones...

LUISA Ya se están levantando. (Vase Victoria foro derecha.)

ESCENA III

LUISA y PURA

PURA ¡Qué posma! ¡Creí que no se marchaba nunca! ¿Trajo tu marido el dinero?

LUISA Dice que no ha podido encontrarlo, por más que ha hecho.

PURA Pues estamos divertidos. Ha mandado á decir esta mañana el casero que si no se le pagan hoy mismo todos los meses caídos, nos desahucia.

LUISA ¡Qué vergüenza!

PURA Si fueran otros nuestros maridos, no nos veríamos en esta apurada situación; pero, es claro, el tuyo no sirve más que para echar discursos á diestro y siniestro, y tu padre para tentarme la paciencia.

LUISA — Dios querrá que todo se arregle.

PURA — ¡Él lo haga! Vamos á nuestro registro matinal. (*Coge de una silla que habrá junto á la primera puerta izquierda un chaleco de entre unas ropas, y empieza á registrar los bolsillos.*)

LUISA — ¡Qué empeño tiene usted de registrar todos los días la ropa! ¿Qué saca usted con eso?

PURA — ¿Qué saco? Por lo pronto, estas dos pesetas. (*Se las guarda.*) Ya lo dijo la Sagrada Escritura: «Registra, que algo encontrarás.» Tú ignoras los sagrados deberes de una buena esposa ¡Sabe Dios lo que hubiera hecho tu padre con estas dos pesetas!

LUISA — Sí, mire usted que con dos pesetas...

PURA — Hija, tú no sabes lo barato que está hoy todo. (*Saca de otra prenda un paquete de cigarrillos.*) ¿Te parece? ¡Diez cigarrillos, y ayer compró esta cajetilla! ¿Has visto qué vicio? Me guardaré ocho, y le dejaré un par de ellos. (*Lo hace.*) Uno para después de cada comida.

LUISA — (¡Pobre papá!)

PURA — Para mí, que tu padre tiene algún nido donde esconde las cosas. Como yo lo encuentre se va á acordar por mucho tiempo.

CASTO — (*Dentro.*) ¡Pura, la ropa!

PURA — (*Hace signos con los dedos, como de robar.*) Voy, que te la estaba limpiando. (*Vase con toda la ropa primera izquierda.*)

ESCENA IV

LUISA

¡Cuidado con la manía que tiene mamá. Y es el caso que lo mismo quiere hacer siempre con Pío; y gracias á que yo procuro estar á los quites, que si no... El otro día me distraje y le cogió catorce reales y un cigarro puro que le habían regalado, porque dijo que podía hacerle daño. Como el pobre es tan bueno y tan sufrido, no quiere decirle nada; pero luego yo soy la que paga los vidrios rotos.

ESCENA V

LUISA y PURA entrando primera izquierda.

PURA — Ahora vamos con tu Pío.

LUISA — (¿No lo dije?) Ya he mirado yo, y como no encontré nada, se la he llevado.

PURA — Malo, no me fío. Tú eres muy inocente, y el mejor día vas á tener un disgusto muy gordo. (Viendo un abrigo que habrá en otra silla, junto á la primera puerta de la derecha.) ¡Pero, calle, aquí has dejado su abrigo! No, pues este no se me escapa. (Lo coge y saca de un bolsillo un sobre y un estuche como el de un brazalete.)

LUISA — (Se empeñó.)

PURA — Veamos. ¡Eh! ¿Qué es esto? (Abre el sobre y saca un retrato de mujer y billetes del Banco.)

LUISA — (Asustada.) ¡Ay, mamá!

PURA — Un retrato de mujer, dinero, billetes de Banco. (Los cuenta.) ¡Dos mil reales!

LUISA — ¿Dos mil reales?

PURA — Mucha prudencia. (Se guarda los billetes.) ¡Pero qué es lo que veo! ¡Si es la vecina!

LUISA — ¡Victoria! ¡Ay, Dios mío de mi alma!

PURA — La misma. Y está dedicado.

LUISA — ¡Por Dios, lee pronto lo que dice! ¡Qué susto tan grande tengo!

PURA — No, que aquí estoy yo para vengarte. Energía, mucha energía es lo que has de tener.

LUISA — (Llorando.) ¡Ay, Dios mío de mi vida!... Pero, ¿qué dice?

PURA — (Leyendo.) «Rico de mi corazón: Ahí llevas, con mi efigie, toda la pasión y toda la... de tu Victoria.» ¿Te parece?

LUISA — ¿Toda la qué?

PURA — No se sabe, porque tiene puntos suspensivos.

LUISA — ¿Puntos suspensivos? ¡Ay, Dios mío, qué desgraciada soy! (Llora.)

PURA — ¡Ellos sí que están buenos puntos!

LUISA — ¡Mi Pío me engañaba!

PURA ¡Para que te fíes de los hombres! Todos son unos granujas.

LUISA Y con una mujer que todos queríamos tanto... ¡Ay!

PURA Abusar así de la amistad.

LUISA Yo me muero. ¡Ay! (Llora.)

PURA Animo, hija; mucho ánimo. Yo te vengaré de los dos.

LUISA (Indicando el estuche.) Y eso, ¿qué es?

PURA Verdad que aún no lo hemos visto. Alguna pulsera. (Lo abre.) ¡Ay, qué cosa más rara! Mira.

LUISA ¡Una dentadura postiza! ¡Y yo que le alababa tanto sus dientes! ¡Fementido! ¡Ay!

PURA ¡Así le parecían tiernos los garbanzos! Si de los hombres no puede una fiarse nunca.

LUISA Ni de las mujeres.

PURA Necesito encontrar una venganza que sea ejemplar. ¡Ah! Ya la encontré.

LUISA ¿Qué?

PURA (¡Ya no nos desahucian!) En primer lugar, pulverizarlos.

LUISA ¡Ay, mamá de mi alma!

PURA No tengas miedo. Ya verás. (Gritando.) ¡Juana! ¡Juana!

LUISA (¿Qué irá á hacer?)

PURA (Sí, esto es lo mejor.) ¡Pero esta mujer está sorda! ¡Juana! ¡Juana!

LUISA (¡Ay, qué miedo! ¡Pillo!) (Llora.)

ESCENA VI

DICHAS y JUANA, por el foro izquierda.

JUANA ¿Llamaba la señora?

PURA Ha hecho usted que me desgañite. (Se acerca y hace que le da un recado y unos billetes.) Tome usted.

JUANA Está bien. Voy en seguida.

PURA Y mucho ojo.

JUANA Descuide la señora. (Vase foro derecha.)

ESCENA VII

LUISA, PURA y luego CASTO

LUISA ¿Qué le has dicho?

PURA Que avise en casa de esa... mujer que deseo hablarle cuanto antes, y...

LUISA ¿Qué?

PURA Nada. He mandado á recoger los recibos al casero; así se purifica ese dinero, que se destinaba al vicio.

LUISA ¿Y si no es de Pío?

PURA Que se fastidie. ¡Tendría que ver que aún le tuvieras compasión á ese miserable! En cuanto venga la andaluza...

LUISA Yo no quiero verla. (Llora.)

PURA La recibiré yo; y te prometo no descomponerme; procuraré tratarla con mucha prudencia. ¡Conque eran infundados mis registros! ¡Conque tu Pío era muy inocente! Si todos los hombres son unos canallas, unos perdidos.

LUISA ¡Qué desgraciada soy! (Llora.)

CASTO (Saliendo por la primera izquierda.) ¿Qué sucede? ¿A qué este alboroto?

PURA Un adulterio *infregante*.

CASTO (¡Qué barbaridad!) ¿Quién?

LUISA ¡Ay, papaíto mío! (Con frases entrecortadas por el llanto.) Pío... no... no...

CASTO ¡Pío Nono! ¡Zambomba!

LUISA Pío, no me quiere. ¡Ay! (Llora.)

CASTO Pero ¿qué es ello? Veamos.

PURA Toma. (Le da el retrato.)

CASTO ¡Hombre! ¡Victoria! ¡Y está muy guapa!

PURA (Le quita el retrato.) ¡Trae acá!

LUISA ¡Qué pena tan grande!

CASTO Pero ¿queréis explicarme de una vez?...

PURA Pues esto significa que nuestro yerno tiene una amante, que esta amante es Victoria y que yo voy á despedazar á los dos.

CASTO Calma, mujer, mucha calma; quizá todo sea una equivocación.

LUISA — No, que es verdad. ¡El infame!

PURA — Lo hemos encontrado todo en su abrigo.

CASTO — ¿Cómo todo?

PURA — El retrato, una cantidad en dinero y una dentadura postiza.

CASTO — ¿Será la tuya?

PURA — ¡Carratalá!

CASTO — Pero, hombre, ¡parece mentira! ¡Vaya con don Pío General! Un joven tan serio, tan científico, tan delgadito y tan... feo; porque mira que como feo...

PURA — Como que el refrán lo dice. «Más feo que Pío.»

CASTO — Picio, mujer.

PURA — Lo mismo da.

LUISA — A mí no me parecía tan feo. ¡Ay! ¡Ay! (Llora.)

PURA — Por supuesto, que no tiene él toda la culpa. Si no hubiera mujeres sin pudor que levantan de cascos á los hombres casados... ¡Pero, ya, ya arreglaré yo á la viudita!

CASTO — Si quieres, yo me encargo de ir á verla y decirle...

LUISA — ¡Ay, qué mala! ¡Ay, qué mala me he puesto! (Cae en el sofá con fuerte congoja.)

PURA — ¡Hija de mi corazón! (A Casto.) Tú lo que vas á hacer ahora mismo es ir á la farmacia de enfrente por un calmante. Anda, que la criada ha salido. Pero date prisa, que está muy malita.

CASTO — Voy. (Se toca los bolsillos.) Pero, oye; si me has dejado sin un céntimo.

PURA — Bueno, bueno. (Le da una peseta.) Ahí llevas una peseta y mucho cuidado con la vuelta.

CASTO — Descuida. En seguida estoy aquí.

PURA — Me refiero á lo que sobre.

CASTO — Bueno, mujer. Voy á coger un vaso de allá dentro. Marcho corriendo. (Si yo pudiera coger los cuartos y el tabaco...) (Se acerca en silencio al mueble donde está el jarrón.)

PURA — (Volviendo la cabeza.) ¿Qué haces?

CASTO — Voy, voy en un vuelo. (Se dirige hacia el foro y vuelve con mucho sigilo hasta el mueble. Coge un jarrón, quita las flores y saca un paquete de cigarrillos

y dinero: hace ruido y se le cae una moneda: al inclinarse á cogerla lo ve Pura.)

PURA ¿Todavía estás ahí? ¡Carratalá!

CASTO (¡Me pescó!) Me dejaba el pañuelo. (Vase foro derecha.)

ESCENA VIII

LUISA y PURA

PURA Vamos, hija mía, cálmate.

LUISA Yo me quiero divorciar ahora mismo.

PURA No será preciso. Yo me encargo de dejarte viuda.

LUISA ¡Yo que tenía tanta confianza en él! ¡Engañarme! ¡Y con Victoria, que decía que nos quería tanto á todos! ¡Ay!

PURA Demasiado. Si yo no hubiera dejado entrar en casa á esa... ¡Jesús me perdone! ¡No sé qué iba á decir!

LUISA ¡Me parecía tan buena!...

PURA ¡Las andaluzas! Todos los disgustos que yo he tenido con tu padre, han sido por causa de andaluzas. Todavía recuerdo; hacía cuatro meses que nos habíamos casado: frente á nuestro cuarto vivía una gaditana, mujer de un músico mayor. Siempre tan alegre, tan cariñosa y diciendo que nos quería muchísimo. Una mañana entro en su casa y... ¡horror! me encuentro conque Paquita—que así se llamaba—tenía puesto un pie en el asiento de una silla y tu padre, arrodillado ante ella, se disponía á atarle la cinta del zapato. No me pude contener y... ¡paf!... le di tal puñetazo en la cabeza á Casto, que deshizo con las narices el pie de la andalucita.

LUISA ¡Jesús!

PURA Más de un mes estuvo ella sin poder andar y tu padre sin poder sonarse. Por supuesto que al día siguiente nos mudamos de casa. Pero á todo esto, ¿cómo te encuentras?

LUISA — Ya me va pasando la fatiga. ¡Ay! ¿No nota usted un olor?...

PURA — Algo que se estará quemando en la cocina. Voy á ver, ahora que estás más tranquila. (Vase segunda derecha.)

ESCENA IX

LUISA y PÍO

PÍO — (Que sale por la primera derecha y ve llorando á Luisa. Con afectación todo el acto.) ¡Cielos! ¡Desolada te encuentro! ¿Quién ha sido capaz de turbar el cándido reposo de mi bien querido? (Intenta abrazarla.)

LUISA — (Se levanta gritando.) No, no se acerque usted á mí. ¡Monstruo, infame, perjuro!

PÍO — ¿Es con tu esposo con quien hablas? ¿La razón perdido has? ¿Qué sucede?

LUISA — ¡No me lo pregunte usted, mal caballero! ¡Es usted un miserable!

PÍO — ¡Alto allá! Si en un momento de debilidad, en que mi amorosa ternura hacia tí, impidió á mis labios el poder contestarte en lenguaje adecuado á los insultos que tu boca vertiera, llegado es ya el caso en que no puedo tolerar ni una sola frase más en menoscabo de mi dignidad y mi decoro. Hable usted, señora, y no me obligue á que le enseñe los dientes.

LUISA — (Llorando.) ¡Si ya los he visto! ¡Es usted un falso!

PÍO — Por última vez, ¿quieres explicarme?...

LUISA — Hemos descubierto lo de Victoria, lo del dinero y lo de la dentadura postiza. ¡Ay! (Llora.)

PÍO — ¡Estás demente!

LUISA — No, señor, que es verdad Hemos encontrado el retrato con puntos suspensivos, los dos mil reales (Presentándole el estuche que queda sobre la mesa de despacho.) y el chisme este.

PÍO — Esto es un aparato dentario.

LUISA — Sí; tu dentadura. (Llora.) (¡No tiene ni un hueso, Dios mío!)

PÍO — Este adminículo desconózcolo por completo. ¿Qué logogrifo es este?

LUISA — No se haga usted el tonto. Lo hemos encontrado en un bolsillo de su abrigo.

PÍO — No puede ser.

LUISA — ¿Que no? (Mostrándole el abrigo.) Mire usted, aquí estaba todo.

PÍO — (Después de examinar el abrigo.) Este abrigo no es el mío; el mío lo tengo allá dentro.

LUISA — ¿Que no es tuyo? (Fijándose en él.) Verdad que no es tu abrigo. Como estas dichosas prendas se parecen tanto... ¡Qué alegría! Entonces, ¿de quién será?

PÍO — Sin duda de tu progenitor.

LUISA — No te entiendo.

PÍO — De tu padre, mujer, de tu padre.

LUISA — ¡De mi padre! ¡Verdad! ¡Virgen Santísima, la que se va á armar cuando mamá lo sepa! (Dejando el abrigo donde estaba.)

PÍO — ¡Cualquiera se lo participa!

LUISA — ¡Perdóname cuanto te he dicho! ¡Si vieras cuánto he sufrido! ¿Me quieres lo mismo que antes?

PÍO — Perdonarte no debiera la duda que de mi amor tuviste; pero ya que en el pecado encontraste la penitencia, estos son los brazos de tu amante esposo.

LUISA — (Abrazándole.) Pío de mi corazón, ¡qué bueno eres! ¿Y qué vamos á hacer ahora?

PÍO — Ya veremos. Por lo pronto, deseo conocer detalles...

LUISA — Ya te los contaré después. Ahora, bástenos saber que tú eres inocente y que yo te quiero mucho, y que... ¿tienes todos los dientes?

PÍO — Pero...

LUISA — Perdóname. (Se abrazan.) Ahora lo que tenemos que hacer es prevenir el conflicto que amenaza á papá.

PÍO — Dices bien. ¡Mentira parece á los deshonores que conducen los amores de la senectud! ¿Dónde encontraréle?

LUISA — Está en la farmacia de enfrente. Fué por un calmante para mí. ¡Como me afecté tanto!...

PÍO — No estará demás en casa para tu madre.

LUISA — ¡O para papá!

PÍO — Parto veloz y presuroso á noticiarle la tan para él luctuosa nueva.

LUISA — Abrázame otra vez. (Se abrazan.)

PÍO — Presto tornaré, mi bien querido. (Vase foro derecha.)

ESCENA X

LUISA y PURA

LUISA — ¡Qué alegría tengo! (Mira por la segunda derecha ¡Pero, calle, mamá viene; que no note nada! (Finge que llora.) ¡Ay, ay, ay!

PURA — (Viene por la segunda derecha.) ¿Todavía no ha salido ese tipo?

LUISA — Se marchó sin permítir decirme ni una sola palabra. ¡Ay, qué desgraciada soy! (Llora.)

PURA — ¡Pobre de él cuando vuelva! ¡Pero, hija, por Dios, que vas á caer enferma! Tranquilízate.

LUISA — ¡Ay, yo no puedo más!

PURA — Ten ánimos, aprende de mí. ¿No ves qué tranquilidad aparente?

LUISA — A usted como no le toca tan directamente como á mí... Figúrese usted que fuera papá el del...

PURA — Calla, calla, ni aun lo supongas. ¡Lo extrangulaba!

LUISA — (¡Digo, para que yo le diga ni una sola palabra!) ¡Infame! ¡Ay! (Llora.)

PURA — Vamos al comedor mientras viene tu padre con la medicina. Anda, hija; tomarás una tacita de tila con azahar.

LUISA — Como usted quiera. ¡Ay, qué desgraciada soy!

PURA — Serénate, hija. Vamos, vamos... (Vanse segunda derecha.)

ESCENA XI

CASTO por el foro, con sombrero puesto, con un vaso cubierto con un papel; lo deja sobre la mesa

¡Demonio, qué atrocidad! ¿Quién había de suponer!... ¡Conque soy yo quien ha despertado tan vehemente pasión á la viudita! Y no cabe duda, porque habiéndose encontrado su retrato en un bolsillo de mi abrigo, claro es que ella, aprovechando algún descuido, lo introdujo. ¡Y mandarme dinero! Es decir, á mí no, á mi mujer, que es la que se lo ha guardado. ¡Dios mío! ¡Si llegase á sospechar!... Pero, ¡quiá! Ahora mismo voy á ver á esa señora y á decirle que no vuelva á acordarse del santo de mi nombre. ¡Y cuidado que como guapa lo es de rechupete: una andaluza, lo más salada... Con unos ojazos y unas oscilaciones, y... ¡Ay!... Casto, mucho ojo, que puedes perder tu nombre de bautismo y te pueden romper el ídem. (Alarmado.) ¡Eh! ¿Quién viene?

ESCENA XII

CASTO y LUISA por la segunda derecha

LUISA ¡Ay, papá de mi alma y en qué lío nos has metido!

CASTO Luisa, hija mía, te juro que soy inocente. Verás: acababa de atravesar la calle desde la botica con el calmante que ahí tienes, por cierto que me advirtió el farmacéutico que tuviérais mucho cuidado, porque ha cargado la mano de morfina y no puede tomarse de una vez más que una cucharadita pequeña, de lo contrario, se puede uno llevar durmiendo un trimestre.

LUISA Ya no lo necesito.

CASTO Me lo figuro. Bueno, pues como iba dicien-

do: al entrar en el portal, tropiezo con tu marido que salía. Al verle, me figuro que me va á echar un discurso, se me sube la sangre á la cabeza y me dispongo á estrellarle el calmante en los sesos.

LUISA ¡Por Dios, papá!

CASTO Pero al enterarme de lo que ocurría quedé convertido en estatua. Yo no puedo remediar el haber inspirado amor. No es la primera que de mí se prendó después de casado con tu madre... pero te prometo que en esta ocasión sabré conservar incólume la aureola de mi nombre. Pero, ¡por Dios, que tu madre no sepa una palabra! Que no llegue á llamarme por mi apellido! Que no la oiga decir: ¡Carratalá! ¡Carratalá! ¡Se me abren las carnes de pensarlo!

LUISA ¿Y aquella otra andalnza?

CASTO ¿Quién?

LUISA Paquita.

CASTO ¡No me la recuerdes! (Se lleva las manos á las narices.) Pero..

LUISA Esté usted tranquilo, que por mí no sabrá una palabra mamá.

CASTO Mira, vete con ella no vaya á venir.

LUISA Voy. (Vase segunda derecha.)

ESCENA XIII

CASTO.

¡En que parará esto, Dios mío! A pesar de que Pura no sabe nada, tiemblo de ponerme ante ella, y no tardará en venir por el sobrante de la peseta. Por cierto que al coger antes el dinero que tenía escondido, se me cayó una moneda. Veamos... (Busca por el suelo entre el mueble y la mesa.) No la veo. ¿La habrá encontrado mi mujer? Aquí debió caérseme. . Me parece que está allí... Sí, ya la veo. ¡Caracoles, qué lejos se ha ido la condenada! (Se mete debajo de la mesa, al mismo tiempo que aparecen en la puerta del foro Victoria y Juana.)

ESCENA XIV

CASTO, VICTORIA y JUANA.

JUANA (*En la puerta.*) Pase usted, voy á avisar á la señora. (*Vase segunda derecha, á poco vuelve á salir por la segunda derecha, y vase por el foro.*)

VICT. ¿Qué me querrán con tal precipitación?

CASTO (*Sin salir de debajo de la mesa.*) (¡Cielos, Victoria! ¡En qué ridícula posición me encuentra!)

VICT. ¡Calle, señor Carratalá! ¡Qué hace usted ahí tan quietecito debajo de la mesa? ¿Lo han puesto á usted á hacer penitencia? (*Sale de debajo de la mesa andando en cuatro piés.*) ¡Ay, hijo! Pues se parecía usted á los que en mi tierra van debajo de los pasos en Semana Santa. ¡Já, já, já!

CASTO (*Se levanta mirando á todas partes con mucho misterio.*) ¡Silencio por Dios!

VICT. (¡Este señor está tocado!)

CASTO Victoria, por lo que más quiera usted en el mundo, huya usted de esta casa; no vuelva á parecer por aquí y... olvídeme. Yo no puedo ser suyo.

VICT. ¿Qué está usted diciendo?

CASTO Sí, Victoria mía, si.

VICT. (¡Suya!)

CASTO Comprendo lo que cuestan estas cosas; pero la tranquilidad de una familia lo exige: hágase, pues, un nudo en el corazón, y quiere decir, que si andando el tiempo...

VICT. ¿Se ha vuelto nsted loco?

CASTO Sí, Victoria, sí, loco por tí, pero soy un mártir del deber. Te tendré aquí grabada toda mi vida.

VICT. ¡Pero don Casto! (Ya me tutea. ¡Qué miedo! ¡Yo me largo de aquí! (*Corre hacia el foro, al mismo tiempo aparece Pura en la segunda derecha, Victoria se detiene.*)

ESCENA XV

VICTORIA, CASTO y PURA.

CASTO (Aparte á Victoria.) (¡Ni una palabra, por Dios!)

VICT. (¿Qué será todo esto?)

PURA (Cogiendo de un brazo á Victoria.) Quédese usted aquí que tenemos que hablar.

VICT. (¡Ese tono!)

PURA (A Casto.) Tú, ya te estás marchando.

CASTO Ahora mismo. (Aparte á Victoria.) (No me pierda ustdd.

PURA ¿Qué es eso?

CASTO Nada, nada. (¿En que parará todo esto? (Vase segunda izquierda.)

ESCENA XVI

VICTORIA y PURA.

VICT. Me digeron que deseaba usted verme en seguida, y aquí me tiene usted ya. ¿Ocurre alguna desgracia?

PURA Puede ocurrir una muy gorda. (¡El ángel de la Guarda me contenga!)

VICT. ¡Jesús, me asusta usted!

PURA Basta de farsas ridículas y al grano. Siéntese usted. (Victoria se sienta en el sofá, y Pura en una silla volante.) (No perdamos la calma.)

VICT. Hija, ¿han celebrado ustedes algún santo hoy de mañana?

PURA Lo que hemos celebrado,—tiemble usted,—ha sido la noticia de sus relaciones con ese imbécil de...

VICT. ¡Ay, qué gracia tiene! No siga usted. ¡Qué ocurrente es esta doña Pura! ¡Y yo que llegué á asustarme!

PURA ¡Señora!...

VICT. (Remedándola.) ¡Señora! ¡Ay, hija, cómo le envidio á usted el humor!

PURA (¡Señor, que no me dispare!)

VICT. Lo he comprendido todo, sí, señora. Usted ha oido algo y se quiere mostrar ofendida porque yo no se lo he anunciado con anticipación.

PURA Oiga usted.

VICT. Pues hija, siento muchísimo que lo hayan sabido ustedes, porque hubiera deseado yo misma darles la sorpresa.

PURA (¡Qué desfachatez!)

VICT. Y mire usted, la verdad, en parte lo siento por ustedes.

PURA Pues me gusta.

VICT. Si, señora; porque una no es de piedra, y al fin y al cabo, con el roce se toma afecto á las personas, y como no tendré más remedio que dejar de ver á ustedes...

PURA Naturalmente. (¡Pues no faltaría más!)

VICT. Como nos marcharemos de Madrid inmediatamente...

PURA ¿Qué está usted diciendo?

VICT. Sí señora; mi general se empeña.

PURA ¡Esto es intolerable! Basta ya.

VICT. ¡Ese lenguaje!

PURA El que usted se merece. ¡Querer á un hombre casado!

VIC. ¿Pero es casado el general? (Con zozobra, levantándose.)

PURA Sí, de apellido.

VIC. ¡Cómo! ¿Tampoco es general de verdad? (Si yo le he visto de uniforme. ¡Infame!)

PURA Tome usted (Le da el retrato.) y márchese ahora mismo. El y todos nosotros hemos muerto para usted. Esa es la puerta. (¡Así, energía!)

VIC. ¡Mi retrato! ¡Dios mío, qué desengaño! ¡Abusar de este modo de una pobre mujer! ¡Ah! ¡Pero esto no ha de quedar así! (¡Disimulemos! Se me doblan las piernas.) (Con ironía.) Sí, señora, me marcho. (¡Qué vergüenza!) Maldito lo que me importa. Así como así, yo pensaba mandarlo retirar. (¡Me ahogan las lágrimas!) Conque le agradezco á usted mucho la parte que en ello haya tenido. (Yendo hacia la puerta.)

PURA — Lo celebro tanto.

VIC. — Lo único que siento es lo que he podido disgustar á usted con esto.

PURA — Muchas gracias. (¡Hipócrita!)

VIC. — (¡Me ahogo!) Vaya, pues muy buenos días, y... (¡No puedo más!) Beso á usted la mano.

PURA — ¡Vaya usted enhoramala! (Vase Victoria llorando por el foro.)

ESCENA XVII

PURA y CASTO

CASTO — ¿Se puede pasar? (Por la segunda izquierda.)

PURA — Sí, ya he terminado con esa... señora.

CASTO — (¡No me llega la camisa al cuerpo!)

PURA — Ha tenido el valor de confesar de plano. ¿Te parece?

CASTO — ¡Sorprendente!

PURA — ¿Y la vuelta de la peseta? ¿Cuánto te costó el calmante?

CASTO — Ochenta céntimos, mujer. Aquí tienes los veinte que sobraron (Dándoselos.) y allí tienes la medicina.

PURA — ¿La tomó la niña?

CASTO — Ya no le hacía falta.

PURA — ¿Eh?

CASTO — Que ya no hace falta, porque tomó una buena dosis. (Por poco, meto la pata.)

PURA — ¡Y ese hombre sin venir!

CASTO — Supongo que no debemos decirle ni una palabra, ¿eh? Ya se ve, la poca edad, la poca... experiencia, la poca...

PURA — Vergüenza. Nada, con ese no me he de contener; le voy á arrancar los dientes.

CASTO — ¡Lo que á él le importará eso!...

PURA — O los ojos

CASTO — La cuestión es arrancar algo.

PURA — No lo defiendas, que voy á suponer...

CASTO — ¡Defender yo!... De ningún modo, al contrario...

PURA — Siempre me fué antipático. Corrigiéndome

á cada palabra en cuanto digo... ¡Pues vaya, ni que una no supiera hablar!

CASTO ¡Mira que enmendarte á ti!...

PURA Ver por su culpa á nuestra pobrecita hija *torcida* de dolor...

CASTO Transida, mujer; si te oyese Pío...

PURA Yo hablo como me da la gana, ¿estás?, como quiero; conque déjame en paz, que hoy no está el horno para bollos.

CASTO (¡Quisiera yo saber cuándo cuece!)

PURA Más valía que fueras á acompañar á tu pobre hija. ¡Sabe Dios cómo estará!

CASTO Voy, mujer, voy. (Que estará *torcida* de dolor. (Vase segunda derecha.)

PURA ¿Habrá vuelto esa chica? (Vase foro izquierda.)

ESCENA XVIII

PÍO, por el foro derecha. Trae unos papeles en la mano.

Ni pensar quiero lo que puede acaecer en este domicilio. No escúchase el menor sonido. Esto háceme presumir que no hablan, y no hablando, signo sin duda es también de que no existen disturbios, á Dios gracias, por ahora. En todo caso, seré la pobre víctima, inmolada en el ara del...

ESCENA XIX

PÍO y LUISA

LUISA (Por la segunda derecha. Corre hacia Pío y le abraza.) ¡Qué alegría, ya estás de vuelta!

PÍO ¿Tu madre, no es conocedora aún?...

LUISA De nada. Ha tenido un fuerte altercado con esa mujer; pero yo estoy temiendo cuando te vea. ¡Ay, pobre Pío, cuántas cosas te dirá! Mas tú no le hagas caso, que yo procuraré animarte con mi presencia.

PÍO Encuéntrome decidido á sufrir por mi ido-

latrada cónyuge cuantas injurias lánceme mi madre política.

LUISA ¡Qué bueno eres!

PÍO Pero dificulto, encuentro muy difícil, considero irrealizable mi abnegado propósito de contenerme dentro de la más exquisita corrección que peculiariza á los seres de cultura superior.

LUISA ¡Por Dios, Pío!

PÍO Tu madre no es una señora como todas; su masa encefálica contiene, en lugar de la materia gris, un picadillo de incongruencias místico folletinescas,

LUISA ¡Qué cosas dices!

PÍO Por de contado, que si hubiérala antes tratado, jamás habríanme á ella unido vínculos de parentesco, que, si bien mi vida se deslizaba árida y sin puros afectos, á todo hubiera renunciado antes.

LUISA ¿A mi amor también?

PÍO No me hagas caso; ni sé lo que me digo. (Se sienta á la mesa.) En fin, corrijamos estas cuartillas de mi discurso de anoche.

LUISA Ya he leído que estuviste admirable.

PÍO Sí, Luisa mía. ¡Qué éxito más colosal! ¡Cómo conseguí tener pendiente del hilo... de mi discurso al auditorio! Por cierto que no hubo tanta concurrencia como cuando diserta el necio de Fernández; siempre se le llena el salón; y yo anoche tuve la paciencia de contar los que éramos y (Quita el papel que cubre el vaso, limpia la pluma y lo tira) entre todos sumábamos...

LUISA ¿Cuántos?

PÍO Cuatro, cuatro solamente.

LUISA ¡Qué pocos!

PÍO Hay que tener en cuenta que llovía.

LUISA ¡Ah, ya! Luego, como Fernández se da cada bombo en la prensa... Tú, como eres tan modesto... Siempre te lo estoy diciendo: muévete, agítate, da vueltas... (Viendo á Pura, que aparece en la puerta del foro.) ¡Ay, Dios mío de mi alma!

ESCENA XX

LUISA, PÍO y PURA

PURA (Entra con furia y se para ante Pío.) ¡Caballero!
PÍO (Sin levantar la cabeza.) ¡Señora!
LUISA (Aparte á Pura.) (¡Por Dios, mamá!)
PURA ¡Supongo á usted enterado por esta mártir de que lo hemos sabido todo!
PÍO Sí, algo ha parecídome comprender...
PURA Entonces ya sabrá usted lo que debe hacer.
LUISA (No hacerte caso.)
PURA (¡Conténme, Vírgen Santísima!)
PÍO Sí, señora.
PURA Esa sangre fría, me pone fuera de sí.
PÍO De mí.
PURA No señor, de mí.
PÍO Justamente.
PURA ¡Hase visto qué hombre! ¡Ni se disculpa siquiera! ¡Son tal para cual!
PÍO Señora...
LUISA (¡Prudencia!) (A Pío.)
PURA ¿Con que no tiene usted remordimientos? *¡Cívico!* ¿Con que no le inspiran á usted compasión las lágrimas de esta desventurada? (Luisa se sonríe por detrás de su madre y llora alto.) Pero tú no te aflijas, que al perder para siempre á ese monstruo, te queda tu madre que te consolará. ¡Y sigue tan impávido! ¡No me hace caso! ¡Qué groseros son estos *sabijondos!*
PÍO Sabihondos, esa hache se aspira.
PÍO Lo que yo aspiro es á... (Se va hacia él.)
LUISA (Deteniéndola.) Mamá...
PURA Que le estoy á usted hablando. Tenga usted educación siquiera. Cuando habla una señora se la atiende. ¡Suelte usted esa pluma! (Quiere quitársela.)
PÍO (Separando el brazo.) No lo juzgo oportuno.
PURA ¿No? Pues mire usted. (Coge las cuartillas, las rompe y se las tira al rostro.)
LUISA ¡Jesús nos valga!

PÍO (Levantándose indignado pero sin separarse de la mesa en que se apoya.) ¡Qué ha hecho usted!

LUISA ¡Ay!

PURA (¡Por fin saltó!)

PÍO (Cos entonación dramática y sin dar lugar á que hable Pura en las diferentes paradas del parlamento.) ¡Imposible por más tiempo sufrir tamaños ultrajes!

PURA (Ya habla en verso.)

PÍO Qué: ¿se había usted propuesto excitar mi sistema nervioso? Pues bien, ya lo ha conseguido.

PURA A... (1).

PÍO ¡Ah! ¿Quería usted que hablara? Pues hablaré, y ¡ay de aquellos que menos lo teman, que ellos será los primeros en llorar sus nefandas consecuencias!

LUISA (¡Por Dios!) (A PÍO.) (2)

PURA E...

PÍO He apurado el cáliz de la templanza, considerándome con suficientes energías físicas y espirituales para soportar vuestros denuestos; pero ahora veo con sentimiento,—¿qué digo, con sentimiento?—con júbilo, sí señores, con júbilo, que aquella misteriosa fuerza que me retenía preso en el sillón de esta mesa, amordazando mis lábios, ha roto sus magnéticas cadenas, y libre ya de sus férreos é intangibles lazos, acudo veloz y presuroso á satisfacer las justas exigencias de mi honor ultrajado; y que siempre ha de flotar inmarcesible y límpido sobre las tiernas cabezas de mis descendientes, como el aura matutina flota en la atmósfera, envolviendo á las flores con su aliento bienhechor y protegiéndolas de los corrup-

---

(1) En toda esta escena procurará la actriz encargada del papel de Pura sostener la animación con muestras de impaciencia y algunos remedos de las inflexioces de voz del personaje Pío.

(2) Toda esta escena, la actriz eneargada del papel de Luisa procurará contener á Pura en las diferentes acometidas que pretende dar á Pío.

tos efluvios de algún próximo vertedero. (señalando á Pura.)

LUISA (¡Qué bien habla!)

PURA Y...

PÍO ¡Irrisión del destino! ¡Ah, señores... qué momentos de angustia los presentes!...

PURA O...

PÍO ¡Oh! Pregúntenle al sol si adora á las microscópicas arenas del desierto que fúlgido caldea con sus rayos de oro; y os responderá con una despreciativa carcajada.

PURA U...

PÍO Usad de la misma pregunta á las peñas si adoran las mansas corrientes que las bañan y... esas no contestarán nada, pero con su significativo mutismo os harán comprender las purezas de sus amores, todos ellos menos puros que el mío hacia vuestra hija.

LUISA ¡Bravo! (Se me escapó.)

PURA Si...

PÍO Si con todos estos poderosos argumentos he podido llevar al conencimiento de usted la completa inocencia de mi conducta, holgaréme infinitamente; pero si por mi desventura su degenerado órgano perceptivo no ha sabido apreciar todo el alcance de mi calurosa defensa, entonces, ¡pobre de usted, señora! Descorreré el espeso velo que cubre vuestro aun más tupido cerebro y á semejanza de Sábado de Gloria, se verificará la resurrección de mi inmaculada conducta, que se elevará rauda y brillante, dejándoos sumida en el más atormentador desconsuelo de la duda y en el terrible infierno de vuestros desencantos. He dicho. (Se sienta, limpiándose el sudor.) (1)

LUISA Muy bien, muy bien. (Aplaude.) ¿Ves, mamá, cómo era inocente?

PURA (No le he entendido ni una palabra.) Caballero, estas cosas no pueden tratarse con discursos. Necesito una inmediata explicación de todo, ó no respondo de mi.

(1) Pura cae desplomada en el sofá y se levanta rápidamente.

LUISA ¡Pero si yo me doy por muy satifecha!

PURA Tú te dejas embaucar por esas retahilas sin sustancia, que ni el diablo entiende.

PÍO ¡Cómo! ¿Se atreve á llamar retahilas sin sustancia á una réplica que me ha salido tan redonda? No me obligue usted á que le diga toda la verdad, porque le ha de pesar.

PURA ¡A mí! ¿Por qué?

LUISA Sí, mamá, no quieras saber...

PURA ¿Qué? Hablad pronto. (¡Ay, qué espantoso presentimiento!)

LUISA Pío, no se lo digas.

PURA Vamos, que voy á perder la razón.

PÍO Señora, el abrigo donde encontró usted ese retrato no era el mío.

PURA ¿No? (Alarmada.)

PÍO No, señora.

PURA Entonces... ¿no siendo el de usted?... (¡Qué horrible sospecha!)

PÍO No morando en esta morada más que dos varones, y no siendo un servidor el poseedor de la prenda...

PURA ¡No siga usted! (Fuera de sí.) ¡Luto! ¡Desolación! ¡Guerra, guerra á muerte! ¡Conque es decir que he sido el hazme de reir de ustedes!

LUISA Nosotros, por no darte el disgusto...

PURA Y esa mujer se ha marchado de rositas sin que yo... (Signo de arañar.) ¡Ay! Mirad. ¿Ven ustedes estas uñas? ¿Veis cómo se crispan mis dedos? Pues... ¡lo mato, me lo como! (Va hacia el foro.)

LUISA ¡Por Dios, mamá!

PÍO ¡Señora!...

PURA Dejadme. Voy á beber su sangre. ¿Dónde está ese canalla? ¡Carratalá! ¡Carratalá! (Vase por el foro gritando.)

LUISA ¡Buena la hemos hecho! (Vase detrás de Pura.)

ESCENA XXI

PÍO y CASTO por la segunda derecha.

CASTO ¡Qué escucho! ¡Se armó la gorda! ¿Pura lo sabe todo?

PÍO Sí, señor.

CASTO ¿Y qué hago yo ahora? ¡Porque mi mujer me mata!

PÍO Lo tendrá usted bien merecido por hacer el tenorio á sus años.

CASTO ¡Oye, oye, Cicerón de á perro chico!

PÍO Un deber moral me obliga.

CASTO ¿Qué hago, Dios mío, qué hago? ¡Me desuella! (Se pasea agitado: Pío le sigue.)

PÍO Lógica consecuencia. Si al reprimir el hombre sus groseros apetitos comprendiera el inmenso beneficio que le reporta...

CASTO (¡Para discursos está la mañana!) (Sin dejar de pasear.)

PÍO Jamás se aventuraría la humanidad masculina y femenina en los insondables y tenebrosos abismos del pecado. Parapetémonos tras los inexpugnables muros de la virtud y...

CASTO (Se vuelve de pronto tropezando con Pío que le seguía.) Basta de discursos, la paciencia tiene sus límites.

PÍO Ya lo estoy á usted viendo convertido en servil esclavo de la corrupción y del libertinaje.

CASTO Y yo te estoy viendo á tí echando sangre por los ojos del trompazo que te voy á pegar, como no te marches ahora mismo.

PÍO Lenguaje bodegonesco.

CASTO ¿Lenguaje qué? Ea, ya me cargué. (Adoptando una actitud dramática.)

PÍO Cálmese usted. Ya me marcho, pero lamentando y dando al olvido á un mismo tiempo sus recién emitidas ordinarieces. ¡Oh! ¡La concupiscencia! ¡Oh! ¡La concupiscencia! (Vase primera derecha.)

ESCENA XXII

CASTO luego PURA

CASTO — Anda al infierno ¡Jesús que cantárida!

PURA — (Dentro.) ¡Carratalá!

CASTO — ¡Cielos! El juicio final. No, pues yo no aguanto el primer chubasco. (Coge el sombrero y corre hacia el foro, tropezando en la puerta con Pura.) ¡El trueno gordo! ¡Me morí!

PURA — ¡Alto allá! (Le coge por el cuello con las dos manos y le arrastra hasta el proscenio.) Ahora nos veremos las caras. ¡Adúltero!

CASTO — ¡Ay!

PURA — Ya no te escapas.

CASTO — ¡Que me ahogas!

PURA — Eso es lo que deseo. ¡Perdido! ¡Viejo sátiro!

CASTO — Suéltame, mujer, y yo te diré...

PURA — ¡Te voy á estrangular!

CASTO — ¡Caramba! (Logra desasirse y Pura lo sigue, tirándole á la cabeza cuanto encuentra.)

PURA — No te me escaparás. ¡Toma, toma!

CASTO — ¡Socorro! ¡Que me matan!

ESCENA XXIII

DICHOS, LUISA, PÍO y el GENERAL

LUISA — (Por el foro.) Mamá... papá...

PÍO — (Por la primera derecha.) Señores... (Pío y Luisa quieren sujetar á Pura.)

PURA — Para que te acuerdes de mí. (Le tira una silla, que va á dar al General, que en este momento se presenta en la puerta del foro.)

CASTO — ¡Ay!

GEN. — ¡Demonio! ¡Me han deshecho un pie! (1)

PURA — Usted dispense, caballero.

LUISA, PÍO — ¡Eh!

---

(1) Este personaje debe vestir de levita y conservar siempre la seriedad y composturas debidas.

CASTO (En tono jovial.) Adelante. Estábamos jugando á la silla volante.

GEN. Sí, sí, ya lo he visto. (Juraría que estaban peleándose.)

PURA ¡Ay, yo me pongo muy mala! Siento venir el ataque. ¡Ya, ya, me da, ya! ¡Ay! (Da un grito muy agudo y cae desplomada en el sofá. Luisa y Pío acuden en su auxilio.)

LUISA Mamá... mamaita...

PÍO Señora.

GEN. Si estorbo, volveré. Creo que mi visita ha sido inoportuna. (Atusándose la perilla)

CASTO ¡Cá! Al contrario, si ha venido usted de perilla.

GEN. Pero esa señora se ha puesto muy mal.

LUISA ¡Ay, papaito, que ataque; ven, verás!

CASTO (No me fío.) Eso no es nada, eso es del corsé, de seguro. Esta maldita manía que tienen las mujeres por apretar... (Se lleva las manos al cuello.)

GEN. Si acaso, me retiro.

CASTO No, señor, de ninguna manera.

PÍO (Que ha cogido el vaso del calmante.) Vamos, beba usted una poca de agua. Esto la tranquilizará. (Pura bebe de manos de Pío.)

LUISA ¡Por Dios, que eso no es agua! ¡Que eso no puede tomarse de una vez, que es una medicina!

CASTO No hagas caso, que se la beba toda.

LUISA Pero, si...

CASTO ¡Bah! ¿Qué entiendes tú de eso?

PÍO ¡No ha dejado ni una gota!

CASTO (¡Olé! ya tiene para rato.) Usted perdonará que á causa de este incidente no le haya atendido.

GEN. ¡No faltaba más!

CASTO Si no es reservado lo que tiene que comunicarme, tenga la bondad de tomar asiento.

GEN. Nada de reservado. Muchas gracias. (Se sienta.)

CASTO (Sentándose junto al General, de espaldas á Pura.) Estoy á sus órdenes.

LUISA (¿Conoces á este señor?) (A Pío.)

PÍO (A Luisa.) (En mi vida lo he visto.)

PURA (Como en sueños.) ¡Carratalá!

CASTO (Se levanta.) ¡Canastos!

GEN. ¿Qué ha sido eso?

CASTO (Sentándose al otro lado del General,) ¡Nada, un clavito que tenía esa silla! (Conviene tener de frente el peligro, por si acaso.)

GEN. (Leyendo una tarjeta) Don Casto Carratalá.

CASTO Servidor de usted. Si fuera usted tan amable...

GEN. (Dándole su tarjeta.) Es verdad, tome usted.

CASTO (Leyendo.) «El General de brigada Pontemejor.»

GEN. Que está á sus órdenes.

LUISA (¡Un general!) (A Pío.)

PURA (¿Eh?)

CASTO (Notando agitación en Pura.) Luisa, mucho cuidado con mamá.

LUISA Ya le va pasando el ataque.

CASTO (Al General.) ¿Tiene usted la bondad?...

GEN. Muy sencillo. ¿Estuvo usted anoche en el café Imperial de diez á doce?

CASTO Sí, señor, pero no comprendo...

GEN. A eso voy. Pues es el caso, que anoche al marcharse usted tomó por equivocación mi abrigo en lugar del suyo.

TODOS ¡Eh! (Con alegría.)

CASTO ¿De verdad? (Idem.)

GEN. (¡Cómo se alegran todos!) No tiene nada de extraño, porque se parece muchísimo. Yo, al pronto, me alarmé, porque en mi abrigo llevaba alguna cantidad en billetes y objetos de mucho interés particular.

PURA (¡Cielos! Conviene seguir accidentada!)

CASTO (¡Qué compromiso!)

GEN. Pero al encontrar su tarjeta en un bolsillo del abrigo de usted, algunos amigos míos, que también lo son de usted, me tranquilizaron diciéndome que en su poder, todo estaba tan seguro como en el Banco.

CASTO Justicia que me hacían. (Creo que ya no quedan en casa más que los dientes.)

LUISA (A Pío.) (¿Te parece qué disgusto?)

PÍO (¡Estupendo!) (A Luisa.)

GEN. Gracias á que el cambio no ha tenido consecuencias para ninguno de los dos.

CASTO Quiá, no, señor, para ninguno. (¡Apenas!)

GEN. Pues aquí tiene usted su abrigo, tal y como anoche lo encontré. (Le da el abrigo que habrá tenido al brazo toda la escena.)

CASTO Muchas gracias. (Trae el otro que está en una silla al lado de la primera puerta derecha.) Y aquí tiene usted el suyo, tal y como... (lo ha dejado mi mujer.)

ESCENA XXIV

DICHOS y VICTORIA.—Se oyen dentro unas voces; todos vuelven la vista hacia el foro y aparece Victoria.

VICT. (¡Ya lo encontré!)

TODOS ¡Victoria!

GEN. ¿Tú aquí? (Se pone el abrigo.)

VICT. Sí; no me esperabas, ¿eh?

CASTO (¡Qué vergüenza!)

VICT. Pues aquí estamos todos. (¡No sé cómo me contengo!) Pero cómo, ¿no ha traído usted á su señora? (Al General.)

GEN. ¿Qué estás diciendo?

VICT. Y cuándo, ¿cuándo vuelve usted á difrazarse de General? ¿El Carnaval próximo? (¡Pillo!)

GEN. ¿Qué significa esto? Señora, no me ponga usted en ridículo.

VICT. (Aparte al General.) (¡Es usted un infame!)

CASTO (¡Valiente lío ha armado mi mujer!)

GEN. Ruego á ustedes perdonen esta escena.

CASTO Ustedes son los que han de dispensar. Yo lo explicaré todo.

GEN. Pronto.

CASTO Es el caso, que mi mujer encontró en mi abrigo, es decir, en el de usted, el retrato de esta señora; tuvo con ella una cariñosa conferencnia y...

VICT. ¡Eh! (Con alegría.)

GEN. No siga usted; comprendo todo lo que habrá pasado.

VICT. ¿De modo, que el abrigo tuyo se lo trajo, por equivocación, don Casto?

GEN. Justamente; y de ahí...

VIC. ¡Qué peso se me ha quitado de encima!

(Aparte á Casto.) (Y usted se había creído... ¡Tiene gracia!)

CASTO (Aparte á Victoria.) (¡Calle usted, por Dios!) (¡Buena plancha!)

GEN. (Buscando en los bolsillos del abrigo.) No encuentro tu retrato.

VIC. Lo tengo yo.

GEN. Ni el dinero.

LUISA (Aparte á Victoria.) (¡Sálvenos usted, por Dios! Mamá, creyendo que el dinero era de Pío, ha dispuesto de él. Nosotros se lo pagaremos.)

VIC. (A Luisa.) (Descuida.) Lo tengo yo también.

LUISA (Aparte á Victoria.) (Muchas gracias. ¡Qué buena es usted!

PURA (Ya puedo volver á la vida.) (Se levanta.) Victoria, deme usted un abrazo, y lo pasado pasado.

TODOS (Menos Victoria y Pura.) ¡Ah!

VIC. Con mil amores.

GEN. (¡Qué de improviso le pasan los ataques á esta señora!)

CASTO (¡Yo, que tenía tanta fe en la medicina! ¡Fíese usted de los boticarios!)

VIC. ¿Supongo que se le quitará á usted la afición á los registros?

PURA Nunca más. (Hasta mañana.)

VIC. Y ya salió la sorpresa. Tengo el gusto de participar á ustedes mi próximo enlace con el señor general don Benito Pontemejor, y en su nombre y el mío invitarles para la ceremonia.

PURA Que sea enhorabuena.

LUISA Me alegro muchísimo.

CASTO Mil felicidades.

PÍO Al tener el alto honor de felicitar entusiásticamente á los futuros esposos, elevo mis sentidas súplicas al Altísimo por su más venturoso porvenir.

VIC. ¡Qué cosa más bonita!

CASTO (Que se habrá sentado al empezar á hablar Pío.) ¿Has terminado ya? ¡Qué pronto! Pues yo voy á hacerle el regalo de boda. (Coge el estuche.) Mi general, aquí tiene usted esto, que también estaba en el abrigo.

GEN. (¡Qué imprudente!) Muchas gracias. (Lo guarda con precipitación, cerrando el estuche y cogiendo los dedos á Casto.)

CASTO ¡Caracoles!

VIC. ¿Qué es eso?

GEN. Una sorpresa que te preparo.

CASTO (Y tan sorpresa.)

ESCENA ULTIMA

DICHOS. JUANA

JUANA (Por el foro.) La victoria del General.

TODOS ¿Eh?

CASTO (¿Otra?)

GEN. No asustarse, es mi coche.

TODOS ¡Ah!

PURA ¡Ay, Dios mío! ¡Qué pesadez de cabeza! Se me cierran los párpados. Siento el vacío ante mí. (Pío, que estará delante, la sujeta por un brazo.) ¡Qué mala me he puesto! (Se sienta en el sofá.) (Todos la rodean.)

GEN. ¿Otra vez?

CASTO Mujer, si ya está todo arreglado.

PURA Ahora es de verdad. ¡Ay! (Queda inmóvil en el sofá.)

VIC.
GEN. } ¡Eh!

LUISA Mamá, mamaita...

CASTO (El calmante. ¡Ahora le ha hecho operación.)

LUISA Está como dormida. ¡Mamá, mamá! (Gritando mucho.)

CASTO (Sí, á la otra puerta. ¡Ya tengo tranquilidad para una semana!

PÍO (Al público.)
¡Oh, público indulgente!

LUISA ¡Por Dios, Pío!

CASTO ¡Que vas á dar la lata á los señores!
(Retirándolo del proscenio.)

LUISA Aplaude compasivo este juguete:
te lo ruega el autor y los actores.

FIN DEL JUGUETE